ALICIA CIRUJEDA

«ME SIGUE MARAVILLANDO VER GERMINAR UNA PLANTA»

Alicia Cirujeda es una de esas personas especiales que hacen diferente cualquier conversación. Científica del Centro de Investigación y Tecnología Agroalimentaria de Aragón (CITA), especializada en Sanidad Vegetal, en las malas hierbas, acaba de publicar (junto a Gabriel Pardo y Ana Isabel Marí, Joaquín Aibar y María León), 'Diviértete con las plantas', para acercar la naturaleza más próxima a través de esos juegos infantiles ya olvidados. Sencilla, paciente y serena, explica que somos la consecuencia de esas pequeñas decisiones que vamos tomando a lo largo de la vida, «y que muchas veces parecen insignificantes, pero que van conformando nuestra manera de ser. Así, poco a poco, se va marcando el camino y el destino no te lleva a donde pasivamente quiere». Por eso se entiende que todo le haya ido marcando hacia la naturaleza, aunque asegura que podría haberse dedicado a otras cosas «porque me gusta mucho la música, mi profesora de flauta travesera se enfadó cuando no seguí la carrera musical; o a los idiomas, que se me dan muy bien, y llegué a pensar en dedicarme a la traducción; a los niños, porque fui monitora de campamentos durante años y me encantaba, o a la etnología...» Nacida en Barcelona, ha hecho un camino de vuelta a sus orígenes familiares, porque sus abuelos paternos eran de Huesa del Común y de Fonfría, se ha casado con un aragonés, y vive en Zaragoza. Y su vida es una mezcla de raíces que la han forjado en la diversidad. Sus padres se conocieron en Brasil, donde su padre fue a trabajar y su madre vivía allí después de salir con su familia de Alemania; y sus veranos estaban a partes iguales entre la dureza de la tierra de las Cuencas Mineras y la verde Baviera. «Mi abuela materna era una persona muy cultivada a la que no dejaron estudiar en esa Alemania estricta después de la Primera Guerra Mundial. Le apasionaba la naturaleza, especialmente las plantas. Autodidacta, claro, pero con una gran vocación. Algo de hereditario hay en mi amor por las plantas y algo me transmitieron tanto ella como mi madre, a quien mencionamos mucho en el libro, porque con ella jugaba con plantas». Contrastes que la forjaron, «porque primero estábamos en Huesa, viendo cómo la gente rascaba la tierra para sobrevivir y luego nos íbamos a Baviera, a una granja donde ayudaba a ordeñar». Explica que antes de estudiar Ingeniería Agrícola comenzó Químicas, porque «los investigadores tenemos algo en común y es que somos muy inquietos, curiosos y nos gustan muchas cosas. La mayoría no nacemos con la probeta en las manos». Y reconoce que aun hoy se sigue sorprendiendo por la magia de la propia naturaleza, porque «es alucinante ver germinar una semilla. Yo no me he acostumbrado a verlo. Hice mi tesis con la amapola y verla germinar... nunca tengo suficiente, me maravilla verlo, es un milagro».

Investigadora del CITA, especializada en malas hierbas, su vida está marcada por los contrastes de su infancia y sus orígenes familiares

Texto: **Picos Laguna**
Foto: **Raquel Labodía**

Los investigadores tardan en llegar a lo que quieren, van intuyendo el camino.
Se encadenan casualidades con decisiones hasta llegar a lo que eres. En mi caso fue porque me llamó la atención el tema de las malas hierbas cuando me fui de Erasmus a Alemania. Al acabar la carrera no había trabajo, pero pedí una beca y me la dieron y si no hubiera sido así no hubiera seguido por ese camino. De hecho, la mitad de mi clase se dedicó a la enseñanza. Hice la tesis en Lérida con Andreu Taberner y era un investigador que trabajaba en investigación aplicada y eso me gustó. Al acabar la tesis tuve la suerte de estar tres años más con convenios en empresas, hasta que llegué al CITA donde llevo 12, aunque, a mis 45 años, solo hace 2 que tengo un contrato estable.

Cómo descubrió la naturaleza.
Supongo que me gustaría decirle que fue en Huesa del Común, pero no es así, porque la que conocí allí de niña era de subsistencia, durísima y con un clima tremendo, unas cosechas impredecibles, sin agua, con un suelo muy poco fértil. Lo que sí aprendí es un profundo respeto por la agricultura y sobre todo por la gente que vive allí, que consigue sobrevivir en circunstancias complicadas. Cuando acabé el colegio como me gustaban las ciencias me fui a Químicas, pero al año lo dejé porque no me gustó y me pasé a Agrónomos a Lérida, y me vino muy bien porque así entré de lleno en el mundo agrícola.

Tiene inquietud divulgadora, no muy común entre los investigadores que buscan más publicar sus trabajos en revistas especializadas. Es, además, su segundo libro.
Es algo vocacional, y, sí, tengo ese espíritu divulgador. A mi daba mucha pena que los juegos que me enseñó mi madre, o en el pueblo, los niños no los supieran hacer y cuando los hacía con mis hijos otros se animaban. Vimos que hay un vacío, que se ha roto la cadena de trasmisión de la cercanía de la naturaleza.

Usted fue monitora muchos años.
Con las colonias que hacían en el colegio y con los scouts. Fueron unos ocho años y me gustaba enseñarles las hojas...

La vida, pues, le ha ido dirigiendo hacia la naturaleza.
Bueno, no creo mucho en eso de que el destino te lleva, porque a veces tomamos decisiones que no parecen importantes pero que van forjando poco a poco tu futuro. Y tienes que tomar decisiones y puede que te tengas que ir de tu ciudad, que nos ha pasado a la gran mayoría de los investigadores, o decir que no a un trabajo, y yo lo hice en tres ocasiones. No son determinaciones fáciles, te lo tienes que pensar muy seriamente. La carrera es una decisión y no es tan definitiva, y hoy menos porque cuesta mucho encontrar trabajo. Lo importante es hacer las cosas con ilusión, y, por ejemplo, este libro si es un encargo no sale igual, porque cuando tienes ilusión trasmites, y, además, es un trabajo en equipo.

Usted es investigadora y mujer.
Hoy día me cuesta destacar lo de mujer porque ambos, hombre y mujer, hemos de demostrar muchas cosas. Tenacidad la primera. Hay que resistir, porque presentas cuatro proyectos y con suerte te admiten uno y te recortan la mitad del presupuesto; escribes un artículo con tus investigaciones, lo envías a revistas y nada, quizá a la cuarta lo consigues. Has de ser muy persistente. Y saber encajar los 'no'. Una persona frágil no aguanta mucho como investigador, al menos en España. Luego, dedicar tiempo a cosas que no te gustan, como conseguir dinero. La parte de gestión nos ocupa demasiado y nos resta de la investigación; como los acuerdos con empresas, que nos restan mucho tiempo y esos trabajo no se pueden publicar, son para la empresa. También, además, la actualización constante.

El peligro en la investigación hoy son los recortes presupuestarios en algo esencial.
Hay muchas cosas en el sector agrario que una empresa no las pagaría, y por eso tiene que haber financiación pública. Hay que ayudar a dar alternativas pero no con un interés comercial directo.

Cómo afecta a las plantas el cambio climático.
Hay plantas silvestres que han cambiado los ciclos. Mi anterior jefe, Carlos Zaragoza, tenía un jardín botánico de malas hierbas y lo hemos ido manteniendo y ampliando, tenemos 250 especies diferentes, y las hay que cuando empezaba el invierno se helaban y germinaban después de semilla, y ahora hay años que no se hielan y rebrotan; especies que se están volviendo perennes; otras que en los campos no se veían porque germinaban antes...

Quizá deberíamos cambiar todo nuestro ciclo de la vida
Un de los objetivos del libro es, precisamente, qué puedo hacer. Facilitar el contacto con la naturaleza, que el niño, por ejemplo, no tenga miedo a coger unas bolas de ciprés y pueda jugar con ellas.